

granada rompió un cañón, mató á un teniente y á dos hombres. Ni un tiro se perdía, hasta tal punto, que si seguían allí no quedaría ni un cañón ni un artillero. La artillería alemana lo barría todo.

Entonces, por segunda vez se oyó la voz del capitán:

—¡Vengan los tiros!

La maniobra volvió á empezar; los conductores, á galope, dieron la media vuelta, para que los sirvientes pudieran enganchar. Pero esta vez, durante la maniobra, un trozo de granada abrió la garganta de Luis, que cayó á través de la flecha que iba á levantar. Y como Adolfo llegaba en el momento en que la línea de los enganches se presentaba de flanco, una andanada furiosa cayó: fué volteado, con el pecho destrozado y los brazos abiertos. En una postrera convulsión cogió á Luis, y quedaron abrazados, torcidos, casados hasta la muerte.

Y á pesar de los caballos muertos, á pesar del desorden, á pesar de la mortífera descarga, toda la batería subía una pendiente, yendo á situarse más adelante, á algunos metros del lugar donde Juan y Mauricio estaban acostados. Por tercera vez desengancharon los cañones, mientras que los sirvientes abrían el fuego con un heroísmo admirable.

—¡Es el acabóse!— dijo Mauricio, cuya voz se perdió entre el ruido.

Parecía, en efecto, que el cielo y la tierra se habían confundido. Las piedras se partían, una humareda espesa ocultaba el sol por momentos. En medio del estrépito espantoso, se veía á los caballos atontados, con la cabeza baja. Por todas partes se veía al capitán demasiado grande. Fué cortado en dos pedazos, se partió y cayó, como el asta de una bandera.

Alrededor del cañón de Honorato, el esfuerzo continuaba sin precipitación. El, á pesar de sus galones, tuvo que ponerse á la faena, porque no le que-

daban más que tres sirvientes. Apuntaba, limpiaba mientras que los tres artilleros iban á buscar los proyectiles. Habían tenido que pedir auxiliares para reemplazar las bajas y tardaban en llegar y mientras tanto el cañoneo tenía que continuar. Lo que les ponía furiosos era que las granadas no llegaban, que estallaban casi todas en el aire, sin causar gran daño á las baterías enemigas, cuyos tiros eran tan eficaces. Y de pronto, Honorato lanzó un juramento que dominó el estrépito infernal: todas las desgracias caían á la vez ¡la rueda derecha del cañón acababa de ser destrozada! ¡Una pata rota, el cañón estaba allí sobre el costado, la boca á tierra y sin servir para nada! Lloraba de rabia, lo abrazó por el cuello, lo besó, como si quisiera con su cariño ponerle de pie: ¡Un cañón, el mejor de la batería, inutilizado, después de unos cuantos disparos! Después se empeñó en reemplazar aquella rueda inmediatamente, bajo el fuego terrible de las baterías enemigas. Cuando ayudado por el sirviente fué á la prolonga á buscar otra rueda, la maniobra empezó, la más peligrosa que puede hacerse en un campo de batalla. Por fortuna, llegaron los hombres y caballos de repuesto y dos sirvientes le prestaron ayuda.

Pero otra vez fué desmontada la batería. Ne se podía llevar más allá aquella heroica locura. Iba á darse la orden de replegarse definitivamente.

—¡Vamos de prisa, compañeros!—decía Honorato.—¡Nos lo llevaremos, no se quedarán con él!

¡Era su pensamiento único, salvar su cañón como se salva una bandera! Y hablaba aún, cuando cayó arrancado el brazo derecho, el costado izquierdo abierto. Había caído sobre el cañón y se quedó allí como en una cama de honor, la cabeza derecha, la cara intacta y hermosa de cólera, vuelta allá, hacia el enemigo. Por su uniforme roto acababa de deslizarse una carta, que sus crispados dedos

UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
SERIES "REYES"  
BERKELEY, MEXICO



habían cogido y que la sangre manchaba gota á gota.

El único teniente que quedaba dió la orden:

—¡Vengan los tiros!

Un armón había saltado hecho pedazos. Tuvieron que decidirse á tomar los caballos de otro armón para salvar un cañón cuyo tiro estaba en tierra. Y esta vez, cuando hubieron engachado los cuatro cañones que quedaban, galoparon y no se detuvieron hasta llegar á un millar de metros, detrás de los primeros árboles del bosque del Garenne.

Mauricio lo había visto todo y repetía con voz entrecortada:

—¡Pobre Honorato! ¡pobre muchacho!

Ese pesar parecía que aumentaba aún el dolor creciente que le mortificaba el estómago. Sus fuerzas estaban agotadas, se moría de hambre, la vista se le nublaba, no tenía ya idea del peligro en que se encontraba el regimiento desde que se había retirado la batería. De un momento á otro masas enormes podían atacar la meseta.

—Oye,—díjole á Juan,—necesito comer... ¡Prefiero comer y que me maten después!

Abrió su mochila, cogió el pan con las dos manos y lo mordió con voracidad. Las balas silbaban, dos granadas estallaron á algunos metros. Mas para él no existía nada; sólo el hambre le preocupaba.

—¿Quieres pan, Juan?

Este le miraba, atontado, con los ojos abiertos y el estómago destrozado.

—Sí, comeré; sufrí demasiado.

Repartieron el pan, lo comieron, sin preocuparse de nada mientras quedó un bocado. Después volvieron á fijarse en el coronel, montando sobre su caballo, con el pie ensangrentado. Algunas compañías habían tenido que huir. Por todas partes el 106.º se veía desbordado. Entonces, obligado á ceder al to-

rrente avasallador, levantando su espada, los ojos preñados de lágrimas:

—¡Hijos míos,—gritó el coronel Vineuil,—al amparo de Dios, que no se ha preocupado de nosotros!

Bandadas de hombres que huían le rodeaban y desapareció en un repliegue del terreno.

Después, sin saber cómo, Juan y Mauricio se encontraron detrás de la valla con los restos de su compañía, de la que quedaban unos cuarenta hombres al mando del teniente Rochas; la bandera estaba con ellos; el alférez que la llevaba, había arrojado la seda alrededor del asta, para ver de salvarla. Desfilaron hasta el extremo de la valla y se escondieron entre los arbolitos, en una pendiente, en donde Rochas dió orden de empezar el fuego. Los hombres dispersados, en guerrillas, al amparo de los árboles podían sostenerse; tanto más cuanto que un movimiento de caballería se verificaba á su derecha, y se colocaban en línea los regimientos para apoyarlos.

Mauricio comprendió entonces cómo se iba verificando lentamente el cerco. Por le mañana había visto á los prusianos desembocar por el desfiladero de Saint Albert, ganar Saint-Menges, y después Fleigneux; y, ahora, detrás del bosque del Garenne, oía los disparos de los cañones de la guardia, y empezaba á ver otros uniformes alemanes, que llegaban por los montes de Gironne. Unos minutos más y el círculo se cerraba y la guardia prusiana daría la mano al 5.º cuerpo, envolviendo al ejército francés con una muralla de hombres, con una cintura de cañones que enviaban la muerte por sus bocas. Con la idea desesperada de hacer un último esfuerzo, para tratar de romper aquella muralla en marcha, una división de caballería de reserva, la del general Margueritte, estaba apostada en un repliegue del terreno, dispuesta á dar una carga. Iban á dar una carga sin resultado posible, sólo por el ho-



nor de Francia. Y Mauricio, que se acordaba de Próspero, asistió á aquel terrible espectáculo.

Desde el amanecer, Próspero no había cesado de galopar, en marchas y contramarchas continuas de un extremo á otro de la meseta de Illy. Los habían despertado al romper el día, uno á uno, sin llamadas; y para hacer el café se habían ingeniado ocultando los fuegos con mantas para no dar la señal de alarma á los prusianos. Después nada más supieron, oían el cañoneo, veían el humo, movimientos lejanos de la infantería, ignorando toda la batalla, su importancia, sus resultados, en la inacción completa en que los generales les tenían. Próspero se caía de sueño. Era el atroz sufrimiento, las malas noches pasadas; el cansancio de muchos días y una somnolencia invencible se apoderaba de ellos, sobre los caballos. Le daban vahidos, se veía por tierra, caído, roncando sobre un colchón de piedras, soñaba que estaba acostado en una buena cama, con sábanas limpias. Durante algunos momentos se quedaba dormido á caballo, y se convertía en un objeto arrastrado al azar. Algunos compañeros se habían caído del caballo, dormidos. Estaban tan cansados, que los toques de corneta no les despertaban y era preciso ponerlos en pie, sacarlos de aquel aniquilamiento á puntapiés.

—¿Pero qué hacen de nosotros, qué quieren hacer de nosotros?—decía Próspero, para sacudirse aquella somnolencia.

El cañoneo continuaba desde las seis. Al subir sobre una meseta, dos compañeros habían muerto, reventados por una granada, á su lado; y otros tres, un poco más lejos, habían perecido por unas balas que no se sabía de donde venían. Desesperaba aquel paseo militar por el campo de batalla, inútil y peligroso. Por último, á la una, comprendió que los iban á hacer morir con algún provecho. Toda la división Margueritte, tres regimientos de cazadores

de Africa, uno de cazadores de Francia y uno de húsares, habían sido reunidos en un repliegue del terreno, un poco más abajo del calvario de Illy, á la izquierda del camino. Las cornetas tocaron, «pie á tierra» y se oyó la voz de los oficiales que decía:

—¡Cinchad los caballos!

Al bajar del caballo, Próspero, acarició á Céforo con la mano. Apuel pobre Céforo estaba tan atolondrado como su amo, reventado con las carreras inútiles que le hacían dar. Además, llevaba encima un mundo: la ropa blanca y la manta, la blusa, el pantalón, la bolsa con los objetos para curar las heridas, y detrás de la silla, los víveres y otra porción de objetos. Una piedad profunda se apoderó del jinete mientras cinchaba el caballo y se aseguraba de que todo el equipo estaba en su sitio.

Fué un momento difícil. Próspero, que no era más cobarde que cualquier otro, encendió un pitillo, pues tenía la boca muy seca. Cuando se va á dar una carga de caballería, cada cual puede decir: «Esta vez me quedo allí»; aquello duró cinco ó seis minutos. Decían que el general Margueritte se había adelantado para reconocer el terreno y aguardaban. Los cinco regimientos estaban formados en tres columnas, cada columna estaba dividida en siete escuadrones para que la artillería pudiese aprovechar bien los tiros!

De pronto sonaron las cornetas: ¡A caballo! Y casi á continuación de éste, otro toque se dejó oír: ¡sable en mano!

El coronel de cada regimiento había ido á colocarse en su puesto de batalla, á veinticinco metros al frente de sus tropas. Los capitanes estaban en su sitio. Volvieron á aguardar, callados. No se oía ningún ruido, ni un aliento bajo el sol ardiente. Sólo los corazones latían. Una orden, la última, y aquella masa inmóvil iba á ponerse en movi-



miento, lanzándose á todo correr como una tempestad.

En aquel momento apareció en la cresta del montecito, un oficial á caballo, herido, sostenido por dos hombres. Al pronto no le conocieron. Después se oyó un rumor, un clamoreo furioso. Era el general Margueritte, que tenía los carrillos agujereados, atravesados por un balazo, y de esta herida debía morir. No podía hablar, movió el brazo señalando al enemigo.

El clamoreo iba en aumento.

—Nuestro general... ¡hay que vengarle! ¡hay que vengarle!

Entonces, el coronel del primer regimiento alzó la espada y gritó con voz atronadora.

—¡A la carga!

Se oyeron las cornetas y la masa se puso en movimiento, primero al trote. Próspero se encontraba en primera fila, pero casi á la extrema derecha. El gran peligro se encuentra en el centro, donde el tiro del enemigo hace siempre blanco. Cuando llegaron á la cresta del calvario, y empezaron á bajar del otro lado hacia la llanura, vió, á un millar de metros, los cuadros prusianos sobre los que los lanzaban. Trotaba como en un sueño, con tal ligereza, como un sér dormido que flotara, la cabeza tan vacía, que no le quedaba una idea en el cerebro. Era la máquina que marchaba bajo un impulso irresistible. Los jefes gritaban: «tacto de piernas» para apretar las filas y darlas consistencia de granito. Después, á medida que el trote se aceleraba, se cambiaba en galope furioso; los cazadores de Africa lanzaban aullidos salvajes, según la costumbre árabe, asustando á sus caballos. Muy pronto la carga fué una carrera diabólica, un torrente infernal; aquel galope furioso, aquellos aullidos feroces que el ruido de las balas acompañaba, como si fuera una granizada, chocando contra el metal, las mar-

mitas, las cantimploras, el cobre de los uniformes y del equipo, entre aquella granizada, pasaba el huracán de viento y de hierro que hacía temblar la tierra, dejando un olor de lana quemada y de fieras sudorosas.

A quinientos metros, Próspero fué volteado á causa de un remolino que lo arrastraba todo; agarró las crines de Céfito para ponerse en la silla. El centro, acribillado, había cedido, mientras que las dos alas daban vueltas como torbellinos y se replegaban para volver á la carrera. Era el aniquilamiento fatal y previsto del primer escuadrón. Los caballos caídos cerraban el camino, unos muertos, otros agonizando y se veía á los jinetes desmontados, echar á correr para encontrar otro caballo. Los muertos iban cubriendo ya la llanura, y muchos caballos galopaban sueltos, volvían al puesto del combate para volver al fuego, como atraídos por la pólvora. Volvieron á la carga. El segundo escuadrón avanzaba con furia; los hombres tendidos sobre los caballos con el sable pegado á la rodilla prontos á usarlo. Doscientos metros avanzaron así en medio de los clamores de la tempestad. Pero de nuevo, bajo las balas, el centro cedía y caían hombres y caballos, paralizando la carrera con el laberinto inextricable de sus cadáveres. Y el segundo escuadrón fué segado á su vez, aniquilado, dejando el puesto á los otros, á los que le seguían.

Cuando comenzó la tercera carga, Próspero se encontró mezclado con húsares y cazadores de Francia. Los regimientos se confundían, no formaban más que una ola enorme que se estrellaba y se rehacía sin cesar, llevándose todo lo que encontraba al paso. No le queda idea de nada, se abandonaba á su caballo, á aquel valiente Céfito á quien tanto quería y al que una herida en la oreja parecía



haber vuelto loco. Ahora estaba en el centro; otros caballos se encabritaban, caían á su alrededor; los jinetes saltaban á tierra de bruces, mientras que otros, muertos instantáneamente, se quedaban en la silla, cargaban siempre con los párpados vacíos. Y esta vez, detrás de los doscientos metros que acababan de ganar, aparecieron los rastrojos llenos de muertos y de heridos. Algunos tenían la cabeza empotrada en la tierra. Otros caídos de espaldas, miraban el sol con ojos de terror fuera de las órbitas. Después se veía un caballo negro, un caballo de oficial, con el vientre abierto y que pugnaba en vano por ponerse derecho con las patas delanteras pisándose las tripas. Bajo el fuego que redoblaba, las dos alas dieron la vuelta, se replegaron y volvieron á la carga.

Por fin, el cuarto escuadrón, á la cuarta vez, cayó sobre las líneas prusianas. Próspero empezó á repartir sablazos sobre los cascos, sobre los oscuros uniformes que veía como entre la niebla. Corría la sangre; notó que Céfito tenía la boca ensangrentada y se figuró que había mordido en las filas enemigas. El clamoreo que había á su alrededor era tal, que no oía su propia voz, á pesar de que tenía la garganta dolorida de tanto gritar. Pero detrás de la primera línea prusiana había otra, después otra y más aún. El heroísmo era inútil, aquellas masas de hombres eran como altas hierbas, donde desaparecían jinetes y caballos. Segaban muchas cabezas, pero siempre quedaban más. El tiroteo continuaba tan intenso á boca de jarro, que algunos uniformes empezaron á arder; todo zozobró entre aquellas masas de bayonetas en medio de los pechos destrozados y de los cráneos rotos. Los regimientos iban á dejar allí las dos terceras partes de los hombres y sólo quedaba de aquella carga famosa la locura gloriosa de haberla intentado. Brusca mente Céfito, herido por una bala en el pecho, cayó

aplastando bajo su peso la cadera derecha de Próspero, que se desmayó.

Mauricio y Juan que habían seguido con la vista la heroica carga de los escuadrones, lanzaron un grito salvaje, expresando toda la rabia que sentían. El valor no servía para nada.

Continuaron disparando sus armas desde el sitio donde se encontraban desplegados en guerrilla. El teniente Rochas había cogido un fusil y disparaba. La meseta de Illy estaba perdida; las tropas prusianas la invadían por todas partes. Debían ser las dos de la tarde; la unión de los ejércitos enemigos se realizaba al fin sin que fuera posible impedirla; el 5.º cuerpo y la guardia prusiana se habían juntado, cerrando el círculo.

En aquel momento Juan cayó á tierra.

—Tengo lo que necesito, dijo.

Había recibido en la cabeza algo así como un martillazo y el kepis roto, arrastrado, estaba á su lado. Primero creyó que tenía abierto el cráneo y que los sesos estaban al descubierto. Durante algunos segundos no se atrevió á tocarse la herida con la mano, temiendo encontrar un agujero. Después, por fin, se llevó la mano á la herida y se llenó los dedos de sangre espesa. La sensación fué tan fuerte que cayó desmayado.

En aquel momento, el teniente Rochas dió la orden de replegarse. Una compañía prusiana se hallaba á unos doscientos ó trescientos metros. Iban á verse envueltos.

—No os deis prisa, disparad con calma... Nos reformaremos detrás de aquel muro.

Mauricio se desesperaba.

—Mi teniente, ¡no dejaremos abandonado al cabo!

—Si ha recibido lo que necesitaba, ¿qué vamos á hacer?

—¡No, no, aún respira!.. ¡Llévemolo!

Rochas manifestó que no se podían recoger á los



que caían. En el campo de batalla los heridos no se cuentan. Entonces Mauricio, suplicó á Peahe y á Lapoulle.

—Vamos ayudadme. Yo solo no puedo.

No le escuchaban, no le oían, solo pensaban en salvarse, sobreexcitado el instinto de conservación. Y se escaparon en dirección al muro. Los prusianos se hallaban á unos cien metros.

Y, llorando de rabia, Mauricio, solo, al lado de Juan, lo cogió en brazos y quiso llevárselo. Pero era muy débil, y el cansancio y la angustia, habían agotado sus fuerzas. Cayó en seguida con su carga. ¡Si hubiese visto á algún camillero! Los buscó, creyó reconocer á alguno entre los que huían y los llamaba. Nadie le hacía caso. Reunió sus fuerzas, cogió á Juan, logró dar unos treinta pasos y una granada estalló á su lado, creyó que iba á morir, encima de su compañero.

Lentamente, se levantó. Se tentaba, no tenía nada, ni un rasguño. ¿Por qué no huía? Aún era tiempo, podía alcanzar el muro en unos saltos y era la salvación. Volvía á tener miedo y estaba loco. Iba á echar á correr, pero al ver á Juan allí en el suelo no tuvo valor. ¡No era posible abandonarle! Todos sus recuerdos se lo impedían, la fraternidad que se había apoderado de aquellos dos hombres, del aldeano y del señorito, tenía profundas raíces, arrancaba tal vez de los primeros días de la creación, y era también como si solo hubiesen quedado dos hombres en el mundo, entre los que uno no podía renunciar al otro, sin renunciar á sí mismo.

Si Mauricio, una hora antes, no hubiese comido un pedazo de pan bajo las balas, nunca hubiera podido hacer lo que realizó y más tarde ni aún pudo recordarlo. Debió haber echado á Juan sobre sus hombros y después arrastrarse con él, entre los rastrojos cayendo veinte veces y levantándose otras tantas, tropezado á cada paso. Una voluntad inven-

cible le sostenía, y le daba fuerzas para poder llevar una montaña. Detrás del muro, encontró al teniente Rochas, y algunos soldados de la escuadratirando siempre, defendiendo la bandera que sostenía el alférez.

Para el caso de una derrota, no se había indicado ninguna línea de retirada al ejército. Con aquella imprevisión, con aquella confusión, cada general obraba á su antojo, y todos á la vez caían sobre Sedan, bajo el enorme empuje de los ejércitos alemanes victoriosos. La segunda división del 7.º cuerpo se replegaba con bastante orden, mientras que los restos de las otras divisiones, mezcladas á los restos del 1.º cuerpo, rodaban hacia la ciudad en un desorden completo, un torrente de cólera y de espanto, arrastrando hombres y animales.

En aquel momento, Mauricio vió con alegría abrirse los ojos de Juan y al echar á correr hacia un riachuelo, para lavarle la cara, se quedó sorprendido al ver, á su derecha, en el fondo del valle, algo separado, protegido por las pendientes, al aldeano que había visto por la mañana, que continuaba labrando la tierra tranquilamente, sin prisa, guiando el arado, del que tiraba un caballo blanco. ¿Para qué perder un día? Porque se batiesen los hombres, el trigo no había de dejar de crecer ni el mundo de vivir.

## VI

Sobre la terraza á donde había subido para darse cuenta de la situación, Delaherche estaba cada vez más impaciente por averiguar lo que ocurría. Veía que las granadas pasaban por encima de la ciudad y que las tres ó cuatro que habían reventado sobre los tejados de las casas cercanas debían ser una contestación á los tiros tan lentos y tan ineficaces del fuerte del Palatinado. Pero no veía